

LA EXPEDICIÓN DE LA KON-TIKI

Thor Heyerdahl



Thor Heyerdahl sostenía que pobladores procedentes de Sudamérica podrían haber cruzado el océano Pacífico llegando hasta la Polinesia ya en tiempos precolombinos.

El propósito de Heyerdahl era demostrar la posibilidad de que el poblamiento de la Polinesia se hubiese llevado a cabo por vía marítima, desde América del Sur, en balsas idénticas a la utilizada durante la expedición y movidas únicamente por las mareas, las corrientes y la fuerza del viento, que es casi constante, en dirección este-oeste, a lo largo del Ecuador.

El libro relata la experiencia que vivió para demostrarlo. Hizo construir una balsa, fiel imitación de los modelos antiguos. Para ello, se utilizaron troncos de madera balsa y otros materiales autóctonos, y se mantuvo el estilo de construcción indígena tal como se observó en las ilustraciones dejadas por los conquistadores españoles. No obstante, la expedición dispuso de ciertos elementos como una radio, relojes, mapas, sextantes y cuchillos, aunque los mismos no fueron relevantes a la hora de probar que una balsa como la utilizada podía realizar la travesía.

La llamó *Kon-Tiki* y se lanzó a esta expedición con otros cinco miembros. La travesía comenzó en Perú el 28 de abril de 1947, navegaron durante 101 días a lo largo de casi 7000 km por el océano Pacífico, hasta llegar a un arrecife en el atolón de Raroia, en las islas Tuamotu, el 7 de agosto de 1947.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA TEORÍA

Mirada retrospectiva — El viejo de la isla de Fatu Hiva — Vientos y corrientes — En busca de Tiki — ¿Quién pobló la Polinesia? — El enigma de los mares del Sur — Teorías y hechos — Leyenda de Kon-Tiki y de los misteriosos hombres blancos — Llega la guerra

A veces nos encontramos en situaciones raras, sin saber cómo. Nos metemos en ellas paso a paso y del modo más natural, hasta que de súbito, cuando estamos ya enzarzados, el corazón nos da un vuelco y nos preguntamos cómo diablos pudo ocurrir aquello.

Si, por ejemplo, nos hacemos un día a la mar en una balsa de madera, en compañía de un loro y cinco hombres más, es inevitable que tarde o temprano, al despertarnos una mañana en alta mar, quizás algo mejor descansados que de ordinario, nos pongamos a considerar la situación.

En una mañana así, estaba yo sentado ante mi cuaderno de bitácora, escribiendo en sus páginas, caladas de rocío:

«17 de mayo: día de la Independencia de Noruega. Mar gruesa. Viento favorable. Hoy me toca hacer de cocinero y he encontrado siete peces voladores en cubierta, un pe-

queño calamar en el techo de la caseta y un pez desconocido junto al saco de dormir de Torstein...».

Aquí se detuvo el lápiz. Un pensamiento vino furtivamente a interponerse entre mis ojos y la página del diario: «¡Vaya un extraño 17 de mayo! La verdad es que, de cualquier lado que se mire, llevamos una vida algo rara. ¿Cómo hemos venido a parar aquí?».

Si volvía los ojos a la izquierda, el amplio mar azul se extendía sin obstáculos, con el silbido de sus olas que pasaban rodando al alcance de la mano, en eterna persecución de un horizonte siempre en retirada. Si los volvía a la derecha, podía ver, tendido en la penumbra de la caseta que nos servía de hogar común, a un individuo barbudo, enfrascado, en la lectura de Goethe, con los dedos de sus pies desnudos cuidadosamente metidos en el enrejado de bambú del bajísimo techo de la destartalada cabaña.

—Bengt —llamé, apartando con la mano al loro, que se empeñaba en hacer percha de mi libro—. ¿Me quieres decir cómo y por qué demonios estamos haciendo esto?

Desapareció Goethe debajo de la barba rojiza.

—¡Qué sé yo! Tú lo sabrás, pues tuya fue esta maldita idea; aunque es magnífica, desde luego.

Puso los dedos de los pies tres cañas más arriba y siguió leyendo imperturbable. Afuera, otros tres sujetos trabajaban bajo un sol abrasador en la cubierta de bambú. Iban medio desnudos, con la piel bronceada y la barba crecida; las espaldas estriadas de sal, y parecía como si nunca hubieran hecho otra cosa que navegar en balsas rumbo a occidente, a través del Pacífico.

En aquel momento apareció Erik, entrando a gatas por la abertura. Llevaba en las manos un sextante y un montón de papeles.

—Noventa y ocho grados, cuarenta y seis minutos oeste, y ocho grados, dos minutos sur... ¡Buena singladura, chicos!

Tomó mi lápiz y trazó un pequeño círculo en una carta colgada del mamparo de bambú; un circulillo al final de una cadena de otros diecinueve que se curvaba hacia el noroeste desde el Callao, en la costa del Perú. Herman, Knut y Torstein entraron del mismo modo, ávidos de ver el emplazamiento del nuevo círculo, que, con respecto al anterior, nos acercaba unas buenas cuarenta millas a las islas del Mar del Sur.

—¿Lo veis, muchachos? —decía Herman orgullosamente—. Esto significa que estamos a ochocientas cincuenta millas de la costa del Perú.

Knut añadió socarronamente:

—Y que tenemos que recorrer otras tres mil quinientas para llegar a la más cercana de las islas.

—Y, para ser más preciso —dijo Torstein—, estamos a cinco mil metros sobre el fondo del mar ya unas cuantas brazas debajo de la luna.

Así ahora sabíamos todos el lugar exacto donde nos encontrábamos y yo podía seguir especulando sobre el por qué estábamos allí. Al loro no le importaba un comino; su única preocupación era tirar de la corredera. El mar seguía como siempre: un círculo perfecto, rodeado de cielo, en una superposición de azul sobre azul.

Quizá todo había empezado el invierno anterior, en la oficina de un museo de Nueva York; o tal vez ya se había iniciado diez años atrás, en una islita del archipiélago de las Marquesas, en pleno Pacífico. A lo mejor arribaríamos a la misma isla, a menos que el viento del nordeste nos arrojara más hacia el sur, en dirección a Tahití y al grupo de las Tuamotu.

La visión de aquella islita se presentaba claramente a los ojos de mi espíritu con sus rugosas montañas de color rojizo, su vegetación selvática, que descendía por las laderas hasta el mar, y sus esbeltas palmeras balanceándose a todo lo largo de la costa. La isla se llamaba Fatu Hiva; no existía tierra alguna entre ella y el lugar en que estábamos flotan-

do ahora, a miles de millas. Veía el estrecho valle de Ouia, abierto hacia el mar, y recordaba perfectamente cómo nos sentábamos en la solitaria playa una y otra noche, mirando ese mismo mar sin fin. Estaba entonces con mi esposa, no, como ahora, entre piratas barbudos. Coleccionábamos toda clase de seres vivos, imágenes y otras reliquias de una cultura fenecida.

Recordaba particularmente una noche. El mundo civilizado parecía incomprensiblemente remoto e irreal. Vivíamos en la isla desde hacía casi un año, habiendo abandonado por nuestra propia voluntad los bienes de la civilización junto con sus males. Éramos los únicos blancos del lugar. Habitábamos una pequeña cabaña construida por nosotros mismos bajo las palmas, junto a la playa, y nos alimentábamos de lo que la selva tropical y el Pacífico tenían para ofrecernos.

Era una escuela dura, pero práctica, que nos enseñaba a penetrar muchos de los curiosos enigmas del Pacífico. Con frecuencia seguimos ambos, en cuerpo y espíritu, las huellas de los salvajes que por primera vez arribaron a estas islas, procedentes de un país desconocido, y cuya descendencia polinésica reinó sin disputa sobre este imperio insular, hasta que aparecieron los hombres de nuestra raza, con la Biblia en una mano y pólvora y aguardiente en la otra.

En esa noche, estábamos sentados —como tantas veces habíamos hecho— en la playa, bajo la luna, con el mar frente a nosotros. Plenamente conscientes y sumergidos en un ambiente de ensueño, no dejábamos escapar ninguna impresión; llenaba nuestro olfato un aroma de exuberancia vegetal y de sal marina y oíamos el murmullo del viento entre las hojas y los penachos de las palmeras. A intervalos regulares, todos los ruidos eran dominados por las grandes olas que llegaban de mar adentro y se estrellaban espumantes contra las rocas de la costa, deshaciéndose en círculos blancos. Era como un estruendoso rugido, seguido de un sordo fragor entre los millones de piedras brillantes,

hasta que todo quedaba en calma otra vez, cuando el mar se retiraba para acopiar nueva energía y lanzar un nuevo ataque a la costa invencible.

—Es extraño —decía mi esposa—, pero no hay rompientes como éstas al otro lado de la isla.

—No —le dije—, éste es el lado de barlovento. Las olas rompen siempre por aquí.

Permanecimos sentados allí, admirando el mar, que parecía empeñado en demostrar que venía de oriente, de oriente... siempre de oriente. Eran los eternos vientos del este, los alisios, los que habían perturbado la superficie del mar, levantándola y enroscándola hacia delante, desde más allá del horizonte oriental hasta aquí, hasta las islas. Aquí, la ininterrumpida cabalgada del mar se estrellaba finalmente contra acantilados y arrecifes, mientras el viento se levantaba simplemente por encima de la costa, las selvas y las montañas, y seguía, imperturbable, rumbo al oeste, de isla en isla, hacia el ocaso.

Así, desde el alba de los tiempos, las olas y las mudables nubes han avanzado siempre de levante. Bien lo sabían los primeros hombres que llegaron a estas islas. Las aves y los insectos lo sabían también, y la vegetación de las islas está completamente dominada por esta circunstancia.

Y nosotros, por nuestra parte, sabíamos que allá lejos, detrás del horizonte hacia oriente, se extendía la costa abierta de Sudamérica, a más de cuatro mil millas, sin otra cosa que el mar entre ella y nosotros.

Mientras contemplábamos el palpitante mar, plateado por la luna, y arriba el correr de las nubes, escuchábamos a un viejo medio desnudo que, sentado delante de nosotros, junto a las brasas de una hoguera casi extinguida, decía quedamente:

—Tiki... era jefe y era dios. Él trajo a mis antepasados a estas islas donde ahora vivimos. Antes vivíamos en un gran país, al otro lado del mar.

Removía con una caña las brasas para avivarlas y, en cuclillas, seguía pensando. Vivía de antiguas tradiciones y seguía firmemente encadenado a ellas. Adoraba a sus antepasados y las hazañas de éstos, que le hacían remontar hasta el tiempo de los dioses, y esperaba reunirse alguna vez con ellos. El viejo Tei Tetua era el único superviviente de todas las extinguidas tribus de la costa oriental de Fatu Hiva; él mismo ignoraba su edad, pero su piel gruesa y morena, surcada de arrugas, parecía haberse curtido al sol y al viento durante cien años. Era uno de los pocos que en aquellas islas recordaba y creía todavía las historias legendarias que sus padres y abuelos contaban del gran jefe y dios, de la Polinesia, Tiki, hijo del Sol.

Cuando aquella noche mi mujer y yo volvimos al lecho en nuestra pequeña cabaña, continuaban bullendo en mi cerebro, acompañadas por el sordo rugido del mar en la distancia, las historias del viejo Tei Tetua sobre Tiki y la tierra lejana de ultramar, cuna de los primeros isleños.

El mar sonaba como una voz de tiempos remotos y parecía querer decir algo, allá en el misterio de la noche. No pude dormir. Era como si el tiempo ya no existiera y Tiki y sus marinos estuvieran desembarcando en aquel momento en las rompientes de la playa cercana.

De pronto, se me ocurrió una idea y dije a mi mujer:

—¿Te has fijado en que las grandes figuras de piedra de Tiki, en la selva, se parecen mucho a los monolitos gigantes dejados por las extinguidas civilizaciones de Sudamérica?

Hubiera dicho que un rumor de aprobación llegaba hasta mí, desde las rompientes. Luego las olas se calmaron lentamente, mientras yo quedaba dormido.

Así fue, quizá, como la cosa empezó. En todo caso, así principiaron una serie de sucesos que terminaron con nuestro embarque y el del loro a bordo de una balsa, frente a las costas sudamericanas.

Recuerdo el disgusto de mi padre y el asombro de mi madre y mis amigos cuando regresé a Noruega y, después de entregar al Museo Zoológico de la Universidad mis frascos llenos de insectos y peces llevados de Fatu Hiva, manifesté que deseaba abandonar mis estudios sobre zoología para empezar el de los pueblos primitivos. Me habían fascinado los misterios aun no resueltos de los mares del Sur; debía haber para ellos una solución racional y me fijé un objetivo: la identificación del héroe legendario Tiki.

En los años que siguieron, las rompientes y las ruinas arqueológicas de la selva fueron para mí como un remoto y utópico sueño que formaba el telón de fondo y el acompañamiento de mis estudios sobre los pueblos del Pacífico. Por vano que sea querer interpretar los pensamientos y actos de un pueblo primitivo por medio de lecturas y visitas a museos, no es menos inútil, para un explorador moderno, querer alcanzar todos los horizontes que caben en un solo anaquel de una biblioteca.

Los trabajos científicos, los diarios de viaje de la época de las primeras exploraciones y las innumerables colecciones de los museos de Europa y América ofrecían una gran riqueza de material que podía ser utilizado en la solución del enigma que yo me había propuesto resolver. Desde que los hombres de nuestra propia raza llegaron a las islas del Pacífico, después del descubrimiento de América, los investigadores de todas las ramas de la ciencia han acumulado un bagaje de información casi infinito sobre los habitantes de los mares del Sur y todos los pueblos que viven allí; pero jamás se han puesto de acuerdo sobre el origen de los primeros habitantes de estas apartadas islas o la razón por la cual ese tipo se encuentra desparramado solamente por las islas de la parte oriental del Pacífico.

Cuando los primeros europeos se aventuraron, por fin, a cruzar el mayor de todos los océanos, descubrieron con sorpresa que justamente en su centro había un cierto número de islas montañosas y chatos arrecifes de coral, aisla-

dos unos de otros y del resto del mundo por vastas extensiones de mar. Cada una de estas islas estaba ya habitada por gentes que habían llegado antes que ellos; eran altos de talla y hermosos de tipo; salían a recibirlos a las playas con perros, cerdos y gallinas. ¿De dónde habían venido? Hablaban un lenguaje que ningún otro pueblo conocía y los hombres de nuestra raza, que osaban llamarse descubridores de estas islas, encontraban campos cultivados y ciudades con templos y cabañas en cada islote habitable. Más aún, en algunas de ellas hallaron viejas pirámides, caminos pavimentados y estatuas labradas en piedra, altas como un edificio de cuatro pisos. ¿Quiénes eran, pues, estas gentes y de dónde procedían?

Se puede decir, sin temor a equivocarse, que las respuestas a tales enigmas son tan numerosas como los trabajos que sobre ellos se han escrito. Los especialistas de las diferentes ramas de la ciencia han propuesto las más diversas teorías, pero sus afirmaciones fueron siempre desmentidas luego por las conclusiones a que han llegado los expertos de otros sectores de la investigación.

China, Malaya, la India, el Japón, Arabia, Egipto, el Cáucaso, la Atlántida, hasta Alemania y Noruega han sido seriamente defendidas como patria original de los pueblos polinésicos. Pero en cada caso ha surgido algún reparo de carácter decisivo que vuelve a dejar la cuestión en su planteamiento primitivo.

Y donde se detuvo la ciencia, empezó la imaginación. Los misteriosos monolitos de la isla de Pascua y todas las demás reliquias de origen desconocido encontradas en este pedazo de tierra, situado en el más completo aislamiento, a medio camino entre la isla más próxima y las costas de Sudamérica, han dado origen a toda clase de especulaciones. Muchos observaron que los hallazgos de la isla de Pascua recuerdan en muchos aspectos los restos de las civilizaciones prehistóricas de Sudamérica. ¿Quién sabe si alguna vez existió un puente de tierra sobre el mar, que se ha hun-

dido después? ¿Quién sabe si la isla de Pascua y las demás islas de los mares del Sur que tienen monumentos análogos, es lo único visible hoy de lo que fuera otrora un continente hundido en el Pacífico?

Esta última ha sido una teoría muy popular, aceptable desde luego para el profano, pero los geólogos y otros hombres de ciencia no la favorecen. Es más: los zoólogos prueban en la forma más simple, mediante el estudio de los insectos y caracoles encontrados en las islas de los mares del Sur, que éstas han estado a través de toda la historia tan completamente aisladas una de otra y de los continentes que las rodean, como lo están al presente. Por consiguiente, sabemos con absoluta certeza que la raza original de la Polinesia debe haber venido alguna vez, voluntaria o involuntariamente, a estas remotas islas, flotando a la deriva o navegando a la vela. Y un examen cuidadoso de los habitantes de los mares del Sur muestra que no pueden haber pasado muchos siglos desde que esto ocurrió. Porque, aun cuando los polinesios viven desparramados sobre un área de mar cuatro veces mayor que Europa entera, las lenguas habladas en las diferentes islas no se han diversificado todavía. Hay miles de millas de por medio entre Hawaii al norte y Nueva Zelanda al sur, desde Samoa en el oeste hasta la isla de Pascua en el este; y, sin embargo, todas estas tribus aisladas hablan dialectos de un lenguaje común, que nosotros hemos llamado polinesio.

La escritura era desconocida en todas las islas, con excepción de algunas tablillas encontradas en la de Pascua, con jeroglíficos incomprensibles que los nativos han conservado cuidadosamente, a pesar de que ni ellos ni nadie ha podido descifrarlos. Pero tenían escuelas, cuya función esencial era la enseñanza poética de la historia, ya que, en Polinesia, la historia se confundía con la religión. Se practicaba el culto de los antepasados; adoraban a sus jefes muertos, remontándose hasta Tiki, del cual decían que era hijo del Sol.

Casi sin excepción, en cada una de las islas, los hombres ilustrados podían enumerar los nombres de sus jefes hasta el momento del primer desembarco. Para ayudar su memoria, usaban a menudo un complicado sistema de nudos, hechos en cuerdas retorcidas, tal como hacían los incas en el Perú. Investigadores modernos han coleccionado las diversas genealogías locales de cada isla y han encontrado que concuerdan de un modo asombroso, tanto en los nombres como en el número de generaciones; y así se ha podido colegir, tomando como promedio de una generación polinesia veinticinco años, que las islas de los mares del Sur no estaban pobladas quinientos años antes de la Era Cristiana. Una nueva ola de cultura y una nueva cadena de jefes demuestra que otra migración posterior llegó a las islas a los mil cien años de nuestra Era.

¿De dónde podían venir estas tardías migraciones? Muy pocos investigadores parecen haber tomado en consideración el factor decisivo de que los pueblos que llegaron a las islas en fecha tan tardía eran gentes de la más pura Edad de Piedra. A pesar de su inteligencia y de su elevada y sorprendente cultura en muchos otros aspectos, estos hombres del mar trajeron consigo cierto tipo primitivo de hachas y otras herramientas características de la Edad de Piedra, que esparcieron por todas las islas donde abordaron. No debemos olvidar que, aparte pequeñas tribus aisladas que habitaban las selvas primitivas y de ciertas razas retrasadas, no había en el mundo entero culturas capaces de alguna expansión que estuvieran aún en la Edad de Piedra de quinientos a mil cien años después de la Era Cristiana, como no fuese en el Nuevo Mundo. En éste, aun las más altas civilizaciones indias ignoraban totalmente el uso del hierro y utilizaban hachas de piedra y herramientas del mismo tipo de las usadas en los mares del Sur hasta el tiempo de las exploraciones.

Estas numerosas civilizaciones indias eran, hacia el oriente, las vecinas más cercanas de los polinesios. Hacia

occidente vivían solamente los pueblos primitivos de piel oscura de Australia y Melanesia, parientes distantes de los negros; y más lejos todavía, estaban la Indonesia y las costas de Asia, donde la Edad de Piedra había ya pasado, mucho antes quizá que en ninguna otra parte del mundo.

Así, pues, mis sospechas y mi atención fueron desviándose más y más del Viejo Mundo, donde tantos han buscado y nadie ha encontrado, para aplicarse a las civilizaciones de América, conocidas y desconocidas, que nadie hasta aquí había tomado en consideración. Y en la costa más cercana hacia oriente, donde la República del Perú se extiende desde el Pacífico hasta los montes, no faltaban ciertamente datos, con sólo que alguien se diera el trabajo de buscarlos. Allí vivió una vez un pueblo desconocido, fundador de una de las más extrañas civilizaciones del mundo, y que desapareció de pronto mucho tiempo atrás, como barrido de la superficie de la tierra. Ese pueblo dejó tras sí enormes estatuas de piedra en forma de imágenes humanas, que recuerdan las encontradas en Pitcairn, en las Marquesas o en la isla de Pascua, y grandes pirámides construidas en escalones como las de Tahití y Samoa. Estos hombres con sus hachas de sílice cortaban de las montañas grandes bloques de piedra del tamaño de vagones de ferrocarril y los transportaban a muchos kilómetros de distancia, colocándolos de pie o uno sobre otro para formar portadas, muros enormes y terrazas, exactamente como los que vemos en algunas de las islas del Pacífico.

Los incas tenían su gran imperio en ese país montañoso, cuando llegaron al Perú los primeros españoles. A éstos les dijeron que aquellos monumentos colosales que se levantaban abandonados en el paisaje habían sido erigidos por una raza de dioses blancos que vivieron allí antes del advenimiento de los incas. Describían a esos desaparecidos arquitectos como hombres sabios y pacíficos educadores que llegados del norte muchos siglos atrás, en el albor de los tiempos, habían enseñado a los primitivos antepasados de

los incas la arquitectura y la agricultura, así como también modales y costumbres. Se diferenciaban de los demás indios por su piel blanca y por sus luengas barbas; eran también más altos que los incas. Finalmente, desaparecieron del Perú tan repentinamente como habían llegado; los incas tomaron el poder en el país y los maestros blancos partieron para siempre de las costas del Pacífico, huyendo hacia occidente a través del océano.

Ahora bien, cuando los europeos llegaron a las islas del Pacífico se sorprendieron de ver a muchos indígenas barbudos y de piel casi blanca. En muchas islas había familias enteras notables por la marcada palidez de la piel y por el color del cabello, que variaba de rojizo a rubio, con ojos gris azulado y narices en gancho, casi semíticas. En contraste con éstos, los genuinos polinesios tienen la piel oscura y bronceada, cabello negrísimo y nariz chata y carnosa. Los individuos de cabello rojizo se llamaban «urukehu», y se decían descendientes directos de los primeros jefes de las islas, que fueron unos dioses blancos, como Tangaroa, Kane y Tiki. Leyendas sobre unos misteriosos hombres blancos, de los cuales descendían originalmente los isleños, eran corrientes en toda la Polinesia. Cuando Roggeveen descubrió la isla de Pascua en 1722, se sorprendió de ver «hombres blancos» entre los que salieron a recibirle a la playa. Y los habitantes de la isla de Pascua podían seguir la cuenta de sus antepasados de piel blanca, sin interrupción, hasta el tiempo de Tiki y Hotu Matua, que decían haber cruzado el mar desde «un país montañoso en el oriente, calcinado por el sol».

En el curso de mis investigaciones iba descubriendo en el Perú rastros sorprendentes de cultura, mitología y lenguaje, que me empujaban a profundizar más y más, y con mayor concentración, en mi empeño de identificar el lugar de origen del dios Tiki de las tribus polinésicas.

Mi esperanza fue recompensada. Estaba un día descifrando las leyendas incaicas del Rey-Sol Viracocha, el per-

sonaje supremo del fabuloso pueblo blanco del Perú, cuando di con lo siguiente:

«... Viracocha es un nombre inca (ketchua) y, por consiguiente, de una época relativamente reciente. El nombre original del Dios-Sol Viracocha, que parece haber sido el más usado en el Perú en tiempos antiguos, fue Kon-Tiki o Illa-Tiki, que quiere decir Sol-Tiki o Fuego-Tiki. Kon-Tiki era sumo sacerdote y Rey-Dios de los legendarios hombres blancos de que hablaban los incas, los que dejaron las ruinas ciclópeas a orillas del lago Titicaca. La leyenda cuenta que los misteriosos hombres blancos con barbas fueron atacados por un jefe llamado Cari, venido del valle de Coquimbo. En una batalla entablada en una de las islas del lago Titicaca, esta raza rubia quedó aniquilada, pero el propio Kon-Tiki y sus más adictos compañeros escaparon y bajaron luego a las costas del Pacífico, desde donde finalmente desaparecieron en el mar, rumbo a occidente...». Ninguna duda podía ya caberme de que el jefe-dios blanco Tiki, lujo del Sol, expulsado del Perú al Pacífico por los antepasados de los incas, según éstos declaraban, era idéntico al jefe-dios blanco Tiki, hijo del Sol, a quien los habitantes de todas las islas del Pacífico veneraban como el fundador de su raza. Más aún, los detalles de la vida de Sol-Tiki en el Perú y la toponimia antigua de los alrededores del Titicaca reaparecían en las leyendas históricas vivas aún entre los indígenas de las islas del Pacífico.

Pero en toda la Polinesia hallé indicios de que la pacífica raza de Kon-Tiki no había sido capaz de mantenerse por sí sola en las islas largo tiempo. Indicios de que canoas guerreras de alto bordo, grandes como los barcos de los vikingos, acopladas de dos en dos, habían traído indios del noroeste, a través del mar, hasta Hawaii y más hacia el sur, a todas las otras islas. Estos nuevos invasores mezclaron su raza con la de Kon-Tiki y trajeron una nueva civilización al reino de las islas. Éste fue, pues, el segundo pueblo de la Edad de Piedra que llegó a Polinesia sin metales, sin arte